

El 21 de mayo los buques bloqueadores hacían su servicio como de ordinario: uno en la rada, el otro a la entrada de la bahía. El transporte *Lamar* estaba cerca del primero. Ese día tocaba la ronda a la *Covadonga*, y la *Esmeralda* permanecía en el fondeadero. Era oficial de servicio en aquélla, el guardia marina don Miguel S. Sanz, en ésta don Arturo Wilson. La mañana se presentaba cubierta con el manto húmedo que envuelve en las noches la bahía de Iquique. Cuando los primeros rayos del sol desgarraban la espesa neblina, el vigía de las cofas de la *Covadonga* gritó: ¡*Humos al norte!* El oficial de guardia fué a despertar a Orella, quien le ordenó que comunicase la noticia a Condell que también dormía. El valeroso Comandante se vistió rápidamente y subió al puente, y observando el horizonte con anteojos, vió que, allá a lo lejos, hendían las aguas dos buques, que aseguraban ser el *Huáscar* y la *Independencia*, varios marineros que habían servido en ellos. Condell, con la fisonomía alegre y sonriente que le era habitual se acercó a la *Esmeralda*, para darle cuenta de lo que sucedía. El jefe de la bahía era Prat.

¿Qué hacía el *Huáscar*?

Al reconocer las embarcaciones chilenas él y la *Independencia* izaron grandes banderas de combate. Grau hizo tocar generala y arengó a la tripulación congregada al pie del puente diciéndole:

"Tripulantes del *Huáscar*: Ha llegado la hora de castigar al enemigo de la Patria, y espero que lo sabréis hacer cosechando nuevos laureles y nuevas glorias dignas de brillar al lado de Junín, Ayacucho, Abtao y 2 de mayo. ¡Viva el Perú!"

Entusiasmo en Iquique

A medida que se formalizaba así en el horizonte el cuadro del combate, la población de Iquique saltaba de sus lechos presa de la mayor emoción, y corría a la playa a presenciar la captura de los barquichuelos chilenos, confundiendo sus alaridos de triunfo con el ruido de las campanas que se habían echado a vuelo. Un testigo de vista refiere que no se oían sino estas exclamaciones: ¡Viva el Perú! ahora sí! ahora sí!, y la multitud corría desalada a disputarse un puesto para ver mejor. Este drama emocionante tuvo por proscenio el mar: en la platea o sea en la playa, bullía una población numerosa, ebria de entusiasmo y de esperanzas al principio, silenciosa y aterrada al fin.

Prat dormía como Condell, cuando Wilson llegó a comunicarle lo que la *Covadonga* avisaba por banderas. La noticia se hizo pública inmediatamente en la marinería. Prat ordenó que la *Esmeralda* saliera a reconocer los cascos enemigos que, hasta ese momento, aparecían como puntos informes en el brumoso horizonte. Anduvo en la dirección del oeste hasta cerciorarse que eran los blindados peruanos, y regresó diciendo por señales a la *Covadonga*: ¡seguir mis aguas!

Estos fueron los movimientos preliminares del combate. Cuando la *Esmeralda* viraba a la vuelta de tierra, el Capitán Prat pronunció desde el puente ante la tripulación formada, estas palabras que constituyen un Código en las tradiciones de nuestra Marina:

Arenga de Prat

"Muchachos: la contienda es desigual.

"Nunca se ha arriado nuestra bandera ante el enemigo y espero que no sea ésta la ocasión de hacerlo.

"Mientras yo viva esa bandera flameará en su lugar y si yo muero mis oficiales sabrán cumplir con su deber".

Y sacándose la gorra la batió en el aire gritando ¡Viva Chile!

La *Covadonga* había llegado a ponerse a distancia de voz. Prat, con una serenidad estoica, dijo por bocina a Condell:

"¡Que almuerce la gente!"

"¡Reforzar las cargas!"

El valeroso Condell le contestó: ¡All right!

Mientras este diálogo inmortal tenía lugar de buque a buque, los blindados peruanos avanzaban; el *Huáscar* adelante, en actitud de ataque, la *Independencia* detrás. La *Esmeralda* y *Covadonga* se encontraban todavía muy cerca. Acababa de terminar el diálogo de

El primer disparo

los jefes, y resonaban los vivas con que la marinería había contestado al discurso de Prat, cuando reventó entre ambos una granada que cayó en el mar. Al ver esto el *Lamar* emprendió la fuga hacia el Sur. Prat, aun queriéndolo, no habría podido hacer lo mismo porque con haber levantado ligeramente la presión del vapor, las viejas calderas de su buque reventaron, y la máquina no estaba

en aptitud de desarrollar un andar mayor de dos a tres millas por hora. Viéndose impotente e inerte se acercó a la ribera para colocarse en la misma línea de la ciudad, y obligar al *Huáscar* a disparar por elevación.

La Covadonga se aleja hacia el Sur

Cuando la *Covadonga* se alejaba corriendo la playa, el *Huáscar* le asestó un cañonazo que le atravesó el casco de banda a banda, matando al cirujano Videla, a un contra-maestre y a un marinero. La tripulación tapó la vía de agua, y el buque se alejó perseguido por la *Independencia*. Observado en tierra el movimiento de Condell, la autoridad militar lanzó a su paso botes cargados de tropas, que le hicieron descargas de fusilería, y así pasó triunfalmente la gloriosa goleta la altura de la isla bajo los dobles fuegos de las lanchas y de la *Independencia*. De allí puso proa al Sur, inclinándose a la costa.

El combate se dividió por el sitio y los protagonistas. Prat quedó con su buque inmóvil en el fondeadero, situado al norte de la población de Iquique, haciendo causa común con la ciudad, y la *Covadonga*, navegando a cuatro millas por hora, se alejaba de Iquique perseguida por la *Independencia*, que procuraba cortarle el camino en las puntas acantiladas que penetran en el mar.

Deberemos, pues, dividir esta relación en dos cuadros que se desarrollaron simultáneamente aquí y allí, en Iquique y en el Sur, rivalizando por el colorido, la grandeza y el heroísmo.

IV

¿Los torpedos de Porras?

Cuando el *Huáscar* se encaminaba al punto ocupado por la *Esmeralda*, se desprendió del muelle un bote con el capitán de puerto, un oficial de marina, Porras, el que poniéndose al habla con Grau, le comunicó que el frente de la *Esmeralda* estaba protegido por torpedos. Con este aviso Grau temió comprometer su buque y se detuvo a 500 a 600 metros, y desde allí con la calma de quien ejercita las tripulaciones en el blanco empezó a dispararle metódicamente sus grandes cañones de a 300. Pero sus tiros pasaban por alto, trazando un circuito en el espacio que, momento a momento, se oscurecía con el humo de la pólvora. En cambio la *Esmeralda* le contestaba con sus inofensivos cañones lisos de a 40 y con fuego graneado de fusilería, pero los proyectiles rebotaban en la coraza del monitor como pedradas en un muro de granito.

Entusiasmo en la Esmeralda

La fisonomía de la *Esmeralda* era de entusiasmo: entusiasmo en los oficiales que hacían de cabos de cañón, Riquelme aquí, Wilson, Vial, Zegers, allá, los que a cada disparo lanzaban ¡hurras! para entusiasmar a la tripulación, mientras los músicos tocaban a degüello haciendo la ilusión de un combate imposible. Serrano dirigía la batería que enfrentaba al *Huáscar*, Sánchez la de tierra. Prat estaba en el puente, Uribe en el castillo de proa. Los toques de corneta no decayeron mientras el buque estuvo a flote. Un testigo de vista, llama la atención a este detalle. Al referir cada una de sus peripecias repite: "Y la corneta sin cesar al ataque iba tocando" (2). Del seno de aquella nave no salían protestas, ni quejas, sino voces de alegría, especialmente cuando un tiro daba en el blanco: ¡Hurra! ¡Viva Chile!

(2) "Memorias del bloqueo de Iquique" por Jaime Puig y Verdaguer — Guayaquil— 1910.

La corbeta estaba engalanada como para una fiesta. Era la víctima de los viejos cultos que marchaba ataviada al sacrificio. Banderas por todas partes: una en el pico de mesana; otra en el palo mayor; otra en el de trinquete; un gallardete en el palo más alto, que serpenteaba sacudido por el viento.

Sorpresa que la resistencia despierta en tierra

La impresión en tierra iba cambiando. En el primer momento nadie supuso que la *Esmeralda* resistiese; opinión que se confirmó cuando se la vió dirigirse a la playa. El Coronel Benavides, Jefe del Estado Mayor, creyó que era

para vararse, y despachó el batallón N.º 7 de Cazadores de la Guardia a recibir los prisioneros. Pero eran las 10 de la mañana y esto no sucedía. Había transcurrido hora y media de combate, el furor de la resistencia aumentaba y la impresión pública se modificaba, porque el entusiasmo y alegría del primer instante se tornaba en sorpresa en el elemento nacional, en asombro y admiración en el extranjero. Esto va malo, se dijo el Coronel Benavides, y hay que concluir. Y acto continuo ordenó, que saliera de su cuartel una batería de artillería de a 9, y se colocara en una morrillada que enfrentaba la posición de la *Esmeralda* para bombardearla por un costado, mientras el *Huáscar* le disparaba por el opuesto.

El testigo de vista que he citado dice sobre la impresión que iba surgiendo en tierra:

“Nuestra estática mirada la veía crecer y agigantarse con una fascinación tal que nos infundía un verdadero estupor tanto heroísmo”.

La Esmeralda bombardeada de tierra y de mar

La artillería atravesó las calles seguida por el pueblo que gritaba animando las mulas, o empujando las ruedas de las cureñas para que se rindiese de una vez aquel grupo de hombres que luchaban en el mar a la desesperada. Colocados los cañones en posiciones, comenzaron a disparar alternativamente con el *Huáscar*. Hasta entonces ninguno de los proyectiles del monitor había dado en el blanco. No sucedió lo mismo con los cañones de tierra. Una granada mató tres hombres en la cubierta de la *Esmeralda*, otra hirió tres más. Prat ordenó entonces que el buque saliese del punto en que había permanecido dos horas para tomar otro fondeadero.

Fué una empresa ejecutar esa evolución. La máquina no obedecía, y con dificultad la corbeta se trasladó pesadamente al nuevo sitio.

Esta fué la segunda posición. Allí permaneció hasta su glorioso hundimiento.

Un escritor que ha narrado estos hechos designa el primer período así: la *Duda del Huáscar*. En efecto el *Huáscar* dudaba. Por temor a los torpedos imaginarios de Porras, Grau no se había atrevido a acercarse a la *Esmeralda*, y había gastado inútilmente sus esfuerzos y su pólvora sin acertarle un solo cañonazo.

El período de duda continuó hora y media más.

En realidad la resistencia era imposible para el Comandante chileno. No podía maniobrar. Las balas de sus cañones lisos de a 40 no hacían ningún efecto en la coraza del monitor.

En la relación oficial que pasó Grau sobre los perjuicios sufridos por su buque se lee:

“Siete balas que han golpeado en el costado de la parte comprendida del trancanil a la línea de agua sin producir daño alguno, sino ligeras aboyaduras”.

“Dos cascos de bombas tocaron la torre del Comandante sin producir daño alguno”.

“Una bomba que chocó en la torre al pie de los postes donde estalló moviendo un poco la unión de las planchas, y haciendo salir unas líneas a los pernos próximos a este sitio”.

No sucedía lo mismo con los disparos del *Huáscar*.

Una granada atravesó la corbeta, abriéndole una vía de agua que fué necesario tapar aceleradamente, y le produjo un incendio que también fué dominado.

En esa situación, es decir, luchando sin esperanza, sin más estímulo que el honor del sacrificio, permaneció la *Esmeralda* desde las 8 1/2 hasta las 11.30 A. M.

Grau ordena el espolonazo y la descarga simultánea de sus cañones

A esta hora, Grau, exasperado con la obstinación de la defensa, quiso poner fin a un drama que no tenía nada de honroso para su país, y ordenó que el monitor hiciera uso del espolón, y disparase sus grandes cañones cuando los buques estuvieran al tocarse. La orden se cumplió. El mon-

struo de hierro retrocedió como animal bravío que se encoge para atacar, lanzó por la chimenea un espeso chorro de humo, y precipitándose a todo vapor contra el barco inmóvil procuró asestarle el golpe en la mitad del casco.

Todo lo que la *Esmeralda* pudo hacer para desviar el choque fué girar sobre su centro y recibirlo de refilón, debido a lo cual el golpe del ariete fué menos eficaz de lo que pudo esperar Grau, pero no así el efecto de los cañonazos disparados a toca penoles que fué espantoso. Se calcula que redujeron a pedazos unos 40 ó 50 hombres, porque un instante después la cubierta presentaba el aspecto de un matadero, en que se veían brazos, piernas, cabezas palpitantes. Eran las 11 1/2. Es el momento de los gestos inmortales y de los supremos heroísmos.

V

El espolonazo del *Huáscar* fué recibido con una descarga cerrada de la batería de la *Esmeralda*, y otra de rifles del personal distribuido en todas las secciones del buque. La vieja corbeta crujió como si se desarmara. El *Huáscar* retrocedió casi instantáneamente, pero antes de desprenderse del costado de la

Esmeralda, el Comandante Prat saltó sobre él, espada en mano, dando el grito: “¡Al abordaje, muchachos!” La voz

Prat salta al abordaje

no se oyó en la confusión del combate. La dominó el estruendo de los cañones, los gritos de los soldados, los quejidos de los moribundos. Prat no tenía en ese instante cerca de sí, sino al sargento 1º de la guarnición don Juan de Dios Aldea y a un marinero, cuya identidad no se pudo establecer porque los cadáveres no fueron reconocidos antes de ser sepultados: glorioso soldado anónimo que tuvo el honor de hacer con Aldea la guardia de su preclaro jefe, en el momento inmortal de su carrera. El salto de Prat fué visto por los testigos de la playa.

“En el mismo momento del espantoso choque, dice la relación citada, vióse a un gallardo oficial que espada en mano saltaba desde el castillo de popa sobre el lomo de aquel Proteo del mar, haciendo flotar en el aire los faldones de su marcial levita elegantemente ceñida sobre el arrogante cuerpo”.

La cubierta del *Huáscar* no tenía ningún defensor, porque la guarnición permanecía durante el combate, en parte en la torre de la artillería de donde disparaba por troneras, y el resto en un compartimento separado de la cubierta por rejas de hierro. El Comandante dirigía el buque desde una torre blindada con ranuras a la altura de los ojos.

Todo esto había pasado en minutos, y la tripulación chilena se dió cuenta de lo que sucedía sólo al ver al *Huáscar* recular de prisa, llevando a su bordo a Prat y a sus heroicos acompañantes. Los defensores de la *Esmeralda* notaron que cuando Prat, arrogante y grande, se paseaba en la cubierta del *Huáscar* les dirigió una mirada que ellos interpretaron como un reproche, como si les dijera: ¿por qué me habéis abandonado?

Muerte de Prat Alcanzó Prat a recorrer los pocos pasos que separaban el punto del abordaje y la torre de mando, y cayó al pie de ella herido por un tirador invisible. Hallábase con una rodilla en tierra, desfallecido y casi exánime, cuando un marinero salido de la torre de la artillería le asestó un tiro en la frente que le produjo instantáneamente la muerte. Aldea había recibido varios balazos en distintas partes del cuerpo, y se apoyaba también exangüe en uno de los palos del buque.

A bordo de la *Esmeralda* arrancó un grito de dolor este drama que duró segundos, y de todos los labios partió el juramento de vengar al Comandante.

“Cada uno, dice el relato de un oficial sobreviviente, quiso ser un héroe para imitar su ejemplo”.

Segundo espolonazo Sobrevino después un instante de relativa calma. Grau quiso dar tiempo a la *Esmeralda* de rendirse antes de echarla a pique. Sus fuegos fueron menos activos. Cerciorado ya de que no habían torpedos se le acercó tanto que el efecto de sus cañones sería espantoso. Como nadie pensaba rendirse, esa suspensión de los fuegos, ha escrito Uribe, “no hacía más que aumentar nuestra agonía”.

Grau, al ver que la tregua no daba resultado, repitió el ataque del espolón, y los disparos a toca penoles. El *Huáscar* renovó la evolución anterior; retrocedió, despidió por su chimenea un torbellino de humo, y dando toda fuerza a la máquina se precipitó contra la embarcación indefensa. Repitió Uribe entonces lo que Prat hiciera la primera vez, girar ligeramente para presentar un costado. Pero esta vez el espolonazo abrió una vía por donde el agua se precipitó a la Santa Bárbara y a las máquinas. En la primera se ahogaron todos los que se encontraban en ella, y los ingenieros de las máquinas tuvieron que subir de carterá para no correr la misma suerte. El buque quedó sin gobierno, y sin más municiones que las que había en cubierta. Los disparos a toca penoles se llevaron algo como la tercera parte de la tripulación sobreviviente. Un cañonazo destrozó a los ingenieros en los momentos en que trepaban a la cubierta, huyendo de la máquina inundada, y otro limpió una mesa en que estaban tendidos los heridos en la cámara de oficiales. Sólo una imaginación dantesca po-

dría rehacer el cuadro que la *Esmeralda* presentaba en esos momentos. Y sin embargo, el espíritu de la tripulación no decaía, y al contrario el ardimiento del principio era mayor si cabe, y mayor el espíritu de sacrificio.

*Serrano salta al
abordaje*

En el instante preciso del segundo espolonazo, el teniente Serrano, llevando en la mano derecha su espada y en la izquierda un revólver amartillado, dió un grito *¡Al abordaje!* a un pelotón de soldados que tenía listos para esa operación, y aunque el *Huáscar* retrocedió muy ligero, alcanzó a saltar sobre su cubierta aquel insigne oficial, seguido de 10 ó 12 hombres armados con rifles y machetes. Estaban en ese momento en la cubierta del monitor, el teniente don Jorge Velarde con dos marineros, los que huyeron dejándolo solo. Velarde recibió un balazo y murió ese mismo día. Corrió Serrano a la torre de la artillería que giraba en engranaje con el marcado propósito de entorpecerla, pero no alcanzó a hacerlo porque lo acosaba una lluvia de balas de rifle y de ametralladoras que partían de troneras invisibles, y había subido a la cubierta un destacamento de 40 tiradores que acabó con ellos. Dos o tres escaparon lanzándose al agua y subiéndose después a la *Esmeralda* por cables que les largaron de a bordo. El glorioso Serrano recibió una bala de ametralladora en el bajo vientre.

La *Esmeralda* convertida en una boya, cubierta de banderas, continuaba flotando, y el corneta tocando a degüello. Uno había sido muerto. Otro recogió el instrumento y siguió tocando, hasta que un proyectil le voló la cabeza. Tomó entonces un tercero quien tocó a zafarrancho mientras el buque se mantuvo a flote.

Transcurrieron unos veinte minutos después del segundo espolonazo y el *Huáscar* se preparó para darle el tercero, el golpe de gracia, ya que la inundación de la máquina impedía a la *Esmeralda* hacer el único movimiento que había podido ejecutar: virar para salvar la parte vital, como pudiera hacerlo un condenado a muerte que torciera el cuerpo en el patíbulo para no recibir el tiro en el corazón.

Esta vez el *Huáscar* podía elegir el punto de ataque como en un ejercicio, y así lo hizo. El diario peruano de Iquique refiriendo el combate el mismo día decía:

“Era preciso que se diese fin a un drama tan sangriento y que no reconoce ejemplo en la historia del mundo”.

Tercer espolonazo

Embistió el *Huáscar* por tercera vez sobre el centro de la *Esmeralda*, y fué recibido con una descarga cerrada de los pocos cañones que tenían proyectiles, pero la herida que el ariete le abrió en las entrañas fué tan grande que el noble barco se inclinó de proa, como ave que dobla el cuello para morir. Iquique presencié atónito, que a medida que el buque se sumergía, los cañones seguían disparando, y que un tiro resonó cuando la proa estaba perdida en el agua. Se dijo que ese disparo lo hizo el guardiamarina Riquelme, noble joven que se distinguió por su heroísmo en el combate.

La tripulación se lanzó al agua, y la gloriosa corbeta se hundió en el mar. Lo último que se vió fué la bandera. La relación peruana que acabo de citar dice:

"Al hundirse la *Esmeralda* un cañón de popa por el lado de estribor hizo el último disparo, dando la tripulación *vivas a Chile*. El pabellón chileno fué el último que halló su tumba en el mar".

El Huáscar salva los naufragos

El *Huáscar* echó botes para salvar los naufragos y pudo recoger a Uribe, a Sánchez, a Wilson, a Zegers, a Vial; al jefe de la guarnición, subteniente Hurtado; al cirujano Guzmán, a su ayudante Segura y a 49 marineros, o sea, la cuarta parte de los que entraron en combate.

La impresión en Iquique fué de estupor. No hubo vivas ni manifestaciones de alegría. De ello dejan constancia los diarios peruanos contemporáneos (3).

El buque se hundió a las 12.10 P. M., más o menos.

El epílogo de este terrible drama fué la muerte de Serrano ese mismo día, a bordo del *Huáscar*, y la del glorioso sargento Aldea en el hospital de Iquique tres días después. De su heroico compañero anónimo no se supo más. Serrano soportó grandes dolores. Fué asistido por el médico del *Huáscar*, don Santiago Távora. Cuando los naufragos llegaron a la cubierta del monitor iba entre ellos el cirujano de la *Esmeralda*, don Cornelio Guzmán. Serrano vivía aún y Guzmán solicitó permiso de verlo, el que le fué negado. Una repulsa tan contraria

Misterio que rodea muerte de Serrano

a los deberes de la humanidad envuelve un misterio que no está esclarecido. ¿Por qué se privó al glorioso moribundo del consuelo de expirar entre los suyos, asistido por un corazón amigo, a quien pudiera confiar sus últimos encargos? Se dijo que había sido un castigo impuesto a la indomable arrogancia del héroe expirante, pero cuesta creerlo porque no se concilia ni con la hidalguía que debe suponerse en el enemigo, ni con la humanidad de Grau.

Se dió a los prisioneros ropa y zapatos de tropa por no haber otra a bordo, y vestidos en esa indumentaria, oficiales y soldados fueron llevados a un compartimento bajo cubierta, sin vista al mar, donde permanecieron el resto del día. La situación en que se encontraban les impidió ver o darse cuenta de lo que más tarde ocurrió, es decir de las operaciones en que el propio *Huáscar* to-

(3) Quizás el lector extranjero pueda suponer que en esta descripción del combate de la *Esmeralda* y del *Huáscar* he exagerado los tonos de la defensa de la corbeta, pero puedo afirmar que esta relación no contiene una palabra que no pueda comprobarse con documentos casi todos emanados de la prensa y autoridades del Perú, y de declaraciones peruanas. Grau no quedó contento de la conducta de su tripulación y así lo transparenta su parte oficial. Habla de las malas punterías de sus artilleros, y echa en cara a Porras haberle transmitido la noticia sobre los torpedos, que resultó ser falsa, y que lo mantuvo a distancia de la *Esmeralda* durante tres horas.

A esos testimonios de la prensa y de la documentación peruana puedo agregar lo que yo oí referir en 1884 a todos los vecinos de Iquique que habían presenciado el combate. Además por ciertas circunstancias particulares conocí y traté en Santiago en 1879 con bastante intimidad, al cirujano del *Huáscar* don Santiago Távora después de la captura de este buque, y oí de su boca, en forma confidencial, la relación del combate a que concurrió. Me refería Távora que Grau quedó muy impresionado con la defensa de la *Esmeralda* y le repetía durante toda la tarde del 21 de mayo estas palabras impregnadas de admiración. *¡Doctor, cómo se baten estos chilenos!* Me agregaba que Grau quiso castigar al soldado que asesinó a Prat, y para evitarlo fué necesaria la intervención de algunos y de él mismo, manifestándole que la medida podría causar mal efecto en la tripulación. Esta actitud de Grau para con ese soldado, era propia de su carácter porque Grau era humano y caballeroso.

mó parte, porque como no tenían comunicación con el exterior, no pudieron saber ni adonde iba el *Huáscar* ni lo que hacía cuando persiguió a la *Covadonga* y salvó a los náufragos de la *Independencia*, de tal manera que al bajar en Iquique las nobles víctimas preguntaban con ansiedad por Condell: ¿Estaba prisionero? La *Covadonga*, ¿se había hundido en el mar?

En la tarde los cadáveres de los chilenos fueron bajados a tierra y colocados en la vereda de la calle que hay entre el muelle y el edificio de la Aduana.

Entierro de Prat y Serrano. Nobleza de la colonia española Serrano tenía el estómago cubierto con una lona de buque, Prat la cabeza. Dos soldados se paseaban al frente para impedir que la curiosidad pública los descubriera. Tomó la iniciativa de enterrarlos un hombre de bien de la colonia española, en quien el altruismo es ingénito, don Eduardo Llanos, y le ayudó otro meritorio compatriota suyo llamado don Benigno Posadas. La colectividad española, y sólo ella, acompañó al cementerio de Iquique los despojos de los héroes.

El Teniente Velarde, de la dotación del *Huáscar*, fué sepultado por sus compañeros en Mejillones al día siguiente del combate.

La defensa y hundimiento de la *Esmeralda* no es el drama completo representado en Iquique el 21 de mayo: falta el combate de la *Covadonga*, de la cual nos separamos, cuando rebasaba la isla de la bahía, entre los fuegos de las lanchas y los de la *Independencia*.

VI

La Covadonga se aleja por los bajos de la playa

Condell, sereno y festivo, inclinó su buque lo más posible a tierra. No creo que lo hiciera como se supuso entonces, juzgando las intenciones por los resultados, como el pescador que atrae al pez con el cebo, llevando a su enemigo por invisible mano a los escollos insalvables, sino porque en el derrotero que adoptaba había suficiente fondo para él, no para su perseguidor. La *Covadonga* recorrió la curva del arco que forma la playa, y la *Independencia* la cuerda, con rumbo fijo a la primera puntilla.

Nadie creía en Iquique que los buques chilenos intentarían resistir. Su error era muy explicable. La *Covadonga* tenía 2 cañones de a 70. Era un viejo lanchón de madera de 412 toneladas. ¡Su contendor una fragata con 4 1/2 pulgadas de blindaje, de 2.000 toneladas, armada con 18 cañones de a 70, con 8 de a 150, y con 1 de a 300!

Cuando la *Independencia* navegaba para colocarse en la primera punta, la *Covadonga*, estropeada ya con el cañonazo que le había asestado el *Huáscar*, continuaba por las rompientes, recibiendo las andanadas de la *Independencia* que le hacía fuego por baterías, a los que ella contestaba con todos sus cañones, oyéndose a cada disparo los aplausos de la tripulación como se habían escuchado en la *Esmeralda*. No pudo Moore detenerla allí porque los arrecifes le impidieron acercarse a tierra, y sus tiros no eran bastante certeros para hacerla cambiar de rumbo u obligarla a detenerse.

Hubo un momento en que Condell se creyó perdido y alcanzó a hablar de abrir las válvulas y hundir la embarcación.

Reinaba a bordo de la *Covadonga* un espíritu admirable de sacrificio. De capitán a paje, todos manifestaban la inquebrantable resolución de combatir hasta la muerte. Cada disparo acertado provocaba gritos de entusiasmo.

La *Covadonga* salvó la peligrosa punta y siguió su derrotero al Sur.

Los fuegos se cruzaban de una y otra parte. Ambas embarcaciones se defendían para presentar el costado y disparar, hecho lo cual continuaban su derrota. En esa marcha paralela de Molle a Punta Gruesa la *Independencia* hirió a la *Covadonga* en los palos, en las jarcias, en los botes de los costados, en las carboneras. Habiendo tomado la *Independencia* la estela de la *Covadonga*, la pieza más peligrosa para ésta era la coliza que aquélla tenía en la proa, pero el osado a la par que inteligente Condell u Orella, pues ambos rivalizaban en serenidad y ardimiento, dispuso que el jefe de la guarnición, el sargento Olave, se encargase de impedir que esa pieza disparara. Olave se colocó con cuatro rifles en el castillo de popa de la *Covadonga*, los que cazaban —no es otro el término apropiado— a todo artillero peruano que se acercaba a la pieza, logrando así el resultado extraordinario de apagar con cuatro rifles el más peligroso cañón del enemigo.

Este accidente y el ardor de la persecución hicieron perder el tino a Moore. No se explica de otro modo que hubiese metido su buque en los arrecifes, y que dos veces antes de enfrentar Punta Gruesa intentara espolonear a la *Covadonga*. Así llegaron los combatientes a este sitio célebre en los anales de la guerra del Pacífico.

La *Covadonga* seguida por la *Independencia*, casi tocándose con ella, a una distancia que no excedía de 100 a 200 metros, salvó un escollo sumergido en esa punta que él ni su adversario conocían, pero el barco rechinó porque la quilla había tocado fondo, a pesar de tener tan poco calado, y acto continuo Condell, comprendiendo lo que iba a suceder, lanzó esta alegre expresión: “¡Aquí se fregaron!”, y ordenó instantáneamente virar para atrás.

La *Independencia* sin comprender ese movimiento que la acercaba más al enemigo, embistió con el espolón siguiendo exactamente el peligroso derrotero que la *Covadonga* acababa de salvar, y al hacerlo chocó en el arrecife oculto, y se montó sobre la roca, quedando tendida de costado con su quilla destrozada. Exige la maniobra del espolón que la marinería se tienda sobre el estómago para no ser derribada con el golpe, de modo que al sentir el espantoso choque se

puso de pie y gritó: ¡Viva el Perú!, creyendo que era la *Covadonga* la que había sufrido el golpe del ariete. Condell, veloz como el rayo, no bien cayó tumbado el adversario, pasó y repasó por su frente disparándole seis cañonazos que le destrozaron la cubierta y el casco. La marinería gritaba que estaba rendida. La fragata arrió su estandarte, y Moore con una bocina pidió que se le enviara un bote.

Este hecho fué negado cuando se publicó el parte oficial de Condell, pero lo aseguraron los sobrevivientes del combate, y está atestiguado con la firma del Presidente Prado en el sumario que mandó instruir al capitán Moore.

Destruída la *Independencia* se discutió rápidamente en el puente de la *Covadonga* lo que convenía hacer. Orella pidió que se le diera un bote para ir

Olave apaga con rifles la coliza de proa de la Independencia

La Independencia encallada

a traer a Moore, a lo cual no accedió Condell, creyendo preferible volver a Iquique a auxiliar a la *Esmeralda* cuya suerte no conocía, opinión que predominó. La *Covadonga* se dirigió a la vuelta de Iquique, y había alcanzado a andar algo menos de una milla cuando divisó al *Huáscar* que venía a su encuentro, lo que la obligó a virar de frente y poner proa al Sur.

El Huáscar se aproxima a Punta Gruesa

A la sazón eran las 2 P. M. El *Huáscar* estaba desocupado de la *Esmeralda*. La corbeta yacía en el fondo del mar, y sus pocos sobrevivientes iban embarcados en él. Cuando

Grau divisó a la *Independencia* montada sobre la roca, su frente se nubló con una impresión de dolor. Era demasiado hábil para no comprender que las puertas de su Patria habían sido arrancadas de quicio. Vió a su paso a los naufragos, escapando a tierra en los botes de la embarcación perdida, y un grupo de hombres amontonados en la destrozada cubierta. Siguió, sin embargo, su derrotero al Sur, creyendo poder alcanzar a la *Covadonga* que huía a una distancia de seis a siete kilómetros a razón de tres millas por hora, pero luego reflexionó que no debía avanzar sin reconocer la catástrofe que dejaba atrás, y volvió a reunirse con la *Independencia*. Ordenó quemar el buque y recibido a bordo Moore y los pocos sobrevivientes que quedaban en la embarcación, puso por segunda vez proa al Sur para apresar a la *Covadonga* que se divisaba como un punto en el espacio. La correría no duró largo tiempo. Sea por la impresión natural de una desgracia tan grande, o porque se formó la conciencia que no la alcanzaría en lo que restaba de luz, Grau volvió a Iquique. La *Covadonga* largó sus gloriosas velas mar afuera, y de allí enderezó a Tocopilla a donde surgió en la tarde del siguiente día, haciendo agua por todas partes, con la tripulación rendida de baldear y tapar con lonas los huecos que se reabrían a cada momento. En Tocopilla la recibió el capitán don Alonso Toro Herrera, 2º jefe de la guarnición. El primer jefe la había tomado por enemigo y se preparaba para resistirla. Cuando se supo en tierra lo ocurrido, la población se precipitó a la nave a reparar sus gloriosas heridas. El General Arteaga, prevenido por Condell

del estado en que llegaba la *Covadonga*, envió un transporte a buscarla, el que le dió remolque hasta Antofagasta y la colocó en la *poza* de la bahía; canal protegido por rocas

La Covadonga en Tocopilla

inabordables para buques de mediano calado.

Por uno de esos caprichos del destino, cuando el *Huáscar* volvió a Iquique en la tarde del 21 de mayo, llevaba a su bordo a Prat, a Serrano, a Aldea, a los sobrevivientes de la *Esmeralda*, a Moore y a una parte de los de la *Independencia*.